

# REPLANTEAMIENTO ECONÓMICO

La pandemia pone a prueba un nuevo modelo de referencia de política económica que incluye a la sociedad civil y normas sociales

**Samuel Bowles y Wendy Carlin**

**M**uchos trabajadores considerados esenciales durante la pandemia —trabajadores de supermercados y centros de distribución, o los dedicados al cuidado de ancianos— tienen dificultades para llegar a fin de mes incluso en condiciones normales. Y durante la crisis de la COVID-19, la amenaza de una grave enfermedad se ha sumado a la de los bajos salarios. Los empleadores han obligado a la gente a ir a trabajar —en plantas frigoríficas y restaurantes— pese al grave riesgo que esto suponía para ellos y sus familias; su única alternativa era abandonar su trabajo, poniendo en peligro su medio de vida.

Estas terribles disyuntivas son los daños colaterales de la pandemia. El malestar moral ante la situación ha llegado incluso al campo de la Economía, y ha

obligado a la profesión a afrontar cuestiones éticas que, en circunstancias normales, quedan en manos de líderes religiosos y filósofos. Junto con la emergencia climática, la pandemia ha puesto de manifiesto que las fallas del mercado son ahora la regla y no la excepción, lo que condena al anacronismo al modelo económico estándar, de la misma forma que el desempleo masivo y persistente en la Gran Depresión acabó con la idea de que los mercados de trabajo nivelarían la oferta con la demanda, eliminando así el desempleo.

Las consecuencias de la pandemia cambiarán nuestra forma de ver la economía y las políticas públicas: no solo en seminarios y centros de estudio sobre políticas, sino también en la lengua vernácula en la que la gente común habla de sus medios de subsistencia y su futuro.

Gráfico 1



Las preocupaciones de los estudiantes de hoy nos dan pistas sobre cómo podría ser el nuevo paradigma de la economía. Entre 2016 y 2020, pedimos a 9.032 estudiantes universitarios de 18 países que acababan de empezar un curso de introducción de Economía que nombraran los problemas más acuciantes que deberían abordar los economistas actuales (gráfico 1).

En el gráfico, el tamaño de la letra indica la frecuencia de la respuesta. Los estudiantes a los que encuestamos entre 2016 y 2020 citaron como principales problemas la desigualdad, el cambio climático y el desempleo. Un nuevo modelo de referencia cada vez más enseñado ya está animando a los jóvenes que se preocupan por estos temas a seguir estudiando Economía.

Un nuevo modelo económico no bastará por sí solo para cambiar las mentes y las políticas. El éxito del New Deal keynesiano y del neoliberalismo nos ha enseñado que un nuevo modelo económico se convierte en una fuerza de cambio si se integra en un sólido marco moral, se refleja en políticas emblemáticas innovadoras y forma parte de las conversaciones cotidianas.

El liberalismo clásico, por ejemplo, se basó en el compromiso con el orden, la libertad antipaternalista, la autonomía y el utilitarismo, que mantenían una relación sinérgica con su modelo económico, caracterizado por mercados competitivos, la división del trabajo y la especialización. El libre comercio y las políticas antimonopolio eran su seña de identidad. El discurso ordinario adoptó sus verdades, como cuando Alicia susurró a la Reina (en *Alicia en el país de las maravillas*): “Si cada uno se ocupara de sus propios asuntos el mundo giraría mucho mejor”.

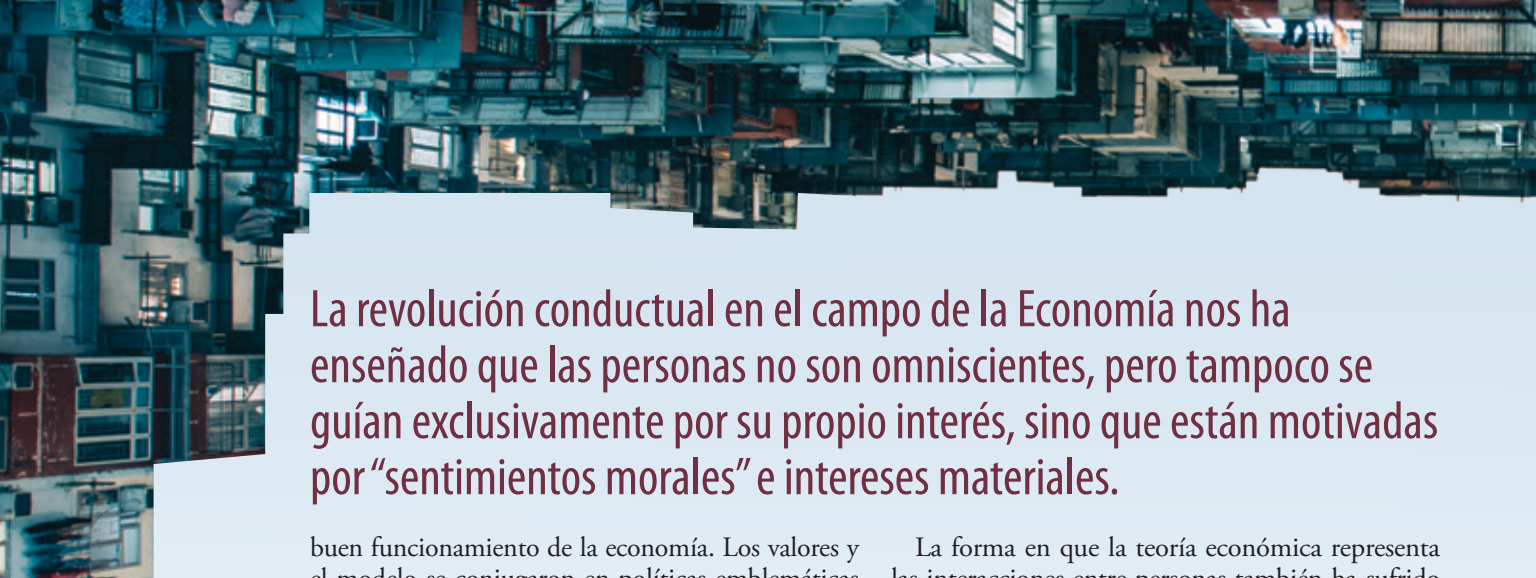
Otros paradigmas económicos más recientes también se fundamentaron en una sinergia de valores y modelos económicos complementarios.

Para los economistas keynesianos, un compromiso de reducir la inseguridad económica y elevar el ingreso de las personas menos favorecidas mediante programas

públicos y la negociación sindical se combinaba con un conjunto de propuestas sobre comportamiento del ahorro, estabilizadores automáticos y demanda agregada. Tanto la coherencia como el poder retórico del paradigma keynesiano dependían de la creencia —muy plausible dadas las circunstancias— de que la búsqueda de los valores igualitarios de sus defensores, mediante la política y la organización económicas, mejoraría los resultados económicos agregados al favorecer niveles más altos y estables de producto y de empleo.

De la misma forma, lo que ha dado en llamarse neoliberalismo proponía dos pilares normativos. El primero era la “libertad para no ser sometido” a la coerción gubernamental (frente a una “libertad” más amplia y la ausencia de dominación en las esferas privada y pública). El segundo era un concepto de justicia procedimental, que considera que, mientras las normas del juego sean justas, los resultados también lo serán, aunque no sean equitativos. Los cimientos de la filosofía neoliberal aplicada a la teoría económica residían en la idea de que los seres humanos son individualistas y amorales, y en una representación de cómo interactúan en la economía: mediante el intercambio en mercados competitivos con arreglo a contratos completos. Los contratos completos, que prevén todos los aspectos del intercambio de intereses y no solo los relativos a las partes, protegerían contra fallas del mercado derivadas de “efectos de contagio” o “efectos externos”, como la propagación de una epidemia o las emisiones de efecto invernadero.

Al aplicar la hipótesis de los actores privados guiados por el interés propio a la esfera pública, el neoliberalismo adoptó un concepto de la elección pública según el cual los gobiernos y otros actores colectivos, como los sindicatos, no eran más que grupos de interés que agotaban recursos escasos para tratar de hacerse con una mayor tajada de un pastel más pequeño. En este modelo de la economía, los límites a la administración pública por los que se abogaba por motivos filosóficos también eran necesarios para el



## La revolución conductual en el campo de la Economía nos ha enseñado que las personas no son omniscientes, pero tampoco se guían exclusivamente por su propio interés, sino que están motivadas por “sentimientos morales” e intereses materiales.

buen funcionamiento de la economía. Los valores y el modelo se conjugaron en políticas emblemáticas como el cheque escolar (para la elección de centros educativos) y el impuesto negativo sobre la renta (en reemplazo de programas de lucha contra la pobreza con pagos monetarios directos del gobierno) y en lemas como “El mejor gobierno es el que menos gobierna”.

Pero la integración de modelos económicos y valores éticos que se complementan no basta para que un paradigma tenga éxito: para que las políticas promovidas funcionen, el modelo económico debe ser una aproximación razonable de la economía empírica. Así como una realidad económica cambiante puso fin al liberalismo clásico tras la Gran Depresión, el estancamiento del crecimiento combinado con inflación (la llamada estanflación) de la década de 1970 puso en tela de juicio al paradigma keynesiano. El desencanto con el neoliberalismo también se intensificó tras la crisis financiera mundial de 2008, que para muchos fue el precio que se pagó por la desregulación del mercado propugnada por los neoliberales. Desde entonces, la desilusión con el individualismo del *laissez-faire* ha aumentado ante la creciente desigualdad, la crisis climática y, ahora, la pandemia.

Para servir como componente de un nuevo paradigma, un nuevo modelo económico de referencia debe adoptar una postura con respecto a cuestiones fundamentales, como la economía como elemento del sistema social y la biósfera, la concepción de las personas como agentes económicos y de toma de decisiones, las principales instituciones que regulan nuestras interacciones y las características de las tecnologías en las que se basan nuestros medios de vida. La teoría económica contemporánea —la que aplican los investigadores y suelen estudiar los estudiantes de posgrado— proporciona una respuesta sobre cada una de esas dimensiones.

La revolución conductual en el campo de la Economía nos ha enseñado que las personas no son omniscientes, pero tampoco se guían exclusivamente por su propio interés, sino que están motivadas, como dijo Adam Smith, por “sentimientos morales”, y por intereses materiales. Entre esos sentimientos morales se encuentran la dignidad —el deseo de que nadie se aproveche de uno—, así como convicciones éticas y la preocupación por los demás. Los sentimientos morales incluyen el altruismo y la reciprocidad, pero también la intolerancia y la hostilidad tribal.

La forma en que la teoría económica representa las interacciones entre personas también ha sufrido una transformación fundamental: ahora reconocemos que la mayoría de los contratos son incompletos. La economía de la información, de la que fue precursor Friedrich Hayek y que durante los últimos 40 años se ha consolidado como un pilar de la teoría económica contemporánea, deja claro que ni el gobierno ni los actores privados pueden estipular en un contrato exigible todos los asuntos pertinentes.

Los efectos sobre terceros —no previstos en los contratos— son la regla y no la excepción. Entre ellos se encuentran no solo las fallas del mercado ya conocidas que afectan a nuestra interacción con la biósfera, como la contaminación, sino también las de los principales mercados de una economía capitalista moderna, es decir, los mercados del trabajo, el crédito y la información. En el mercado laboral, por ejemplo, una cuestión que preocupa mucho a empleados y empleadores es la intensidad y el esmero con que los trabajadores realizan su trabajo. Pero esto es algo imposible de exigir o especificar en un contrato. En el mercado de crédito, la promesa de devolver un préstamo puede estipularse en el contrato, pero quizá no sea exigible.

El carácter incompleto de los contratos tiene amplias repercusiones. Si son incompletos, normalmente habrá un exceso de oferta o de demanda, incluso en mercados sumamente competitivos. Por ejemplo, los empleadores optan por pagar salarios más altos que la mejor alternativa a disposición del trabajador. Esto les confiere lo que los economistas denominan la “renta” del trabajador, una expresión que alude a que a este le va mejor con empleo que sin él. El miedo a perder esa renta es un poderoso motivo para que el trabajador cumpla con las instrucciones del empleador y trabaje con ahínco. Si perder el puesto de trabajo tiene un costo alto, entonces debe haber trabajadores potenciales que preferirían tener un empleo, a saber, los desempleados.

En estas interacciones, el intercambio se rige en parte por una combinación del contrato, las normas sociales (como la ética laboral del empleado o la sinceridad del prestatario) y el ejercicio del poder del empleador o, en el caso del mercado de crédito, del prestamista. Hace ocho décadas, Ronald Coase definió célebremente el contrato de trabajo como una cesión de poder del trabajador al empleador. Un modelo económico que reconozca esa

cesión de poder —y, por consiguiente, que incorpore el abuso del poder privado de los empleadores— brinda a las autoridades un marco para abordar la difícil situación de los trabajadores esenciales mal remunerados que se ven obligados a elegir entre su medio de sustento y su salud. Las iniciativas de política en este ámbito van desde la ampliación de los derechos individuales de los trabajadores en el puesto de trabajo hasta ayudas para quienes se quedan en casa para minimizar la propagación de la epidemia.

Al incorporar a la teoría económica una nueva serie de motivaciones —el compromiso con la justicia, la búsqueda de dignidad y la posibilidad de hacerse oír—, el nuevo modelo económico de referencia abre un abanico más amplio de opciones de política. Ofrece cambios de las reglas de juego que pueden aplicarse no solo mediante instrumentos públicos y de mercado, sino también mediante el ejercicio del poder privado y normas sociales.

Pensemos por ejemplo en las políticas de “tributación y dividendo del carbono” (en las que el gobierno fija un precio para las emisiones de carbono) y de “comercio de topes de emisión” (en las que el gobierno establece límites de emisiones y permite que el mercado fije el precio). Cada una de ellas utiliza una combinación distinta de capacidad estatal y mecanismos del mercado para lograr el objetivo de reducir las emisiones de carbono, como muestran sus diferentes posiciones en la línea horizontal del gráfico 2. Pero esta línea es un continuo unidimensional estrecho de opciones de política. Supone que tanto los actores privados como los públicos disponen de información suficiente que les permite formular mecanismos adecuados para solucionar problemas como el cambio climático o una pandemia. Esa estrechez significa que se dejan pasar por alto las oportunidades de encontrar soluciones recurriendo a una tercera dimensión derivada del carácter social de las personas y de la fuerza de las normas sociales.

El gráfico 2 muestra políticas que combinan mecanismos de motivación y ejecución de tres polos que operan conjuntamente en lugar de exclusivamente: el gobierno, los mercados y la sociedad civil. Esas políticas se ubican en distintos puntos dentro del triángulo. Una política situada hacia el centro del triángulo utilizaría una combinación de los tres mecanismos, por ejemplo, investigación, producción, distribución y cobertura poblacional de una vacuna contra la COVID-19 (gráfico 3).

A raíz de la pandemia, las consideraciones éticas son inevitables, especialmente las relativas a la justicia y la solidaridad, incluso entre desconocidos. Los debates sobre quién debe tener acceso prioritario a la vacuna y qué trabajadores son esenciales en una pandemia dejan claro que no podemos basarnos en el sistema de precios ni tampoco depender del cumplimiento de las órdenes de las autoridades para alcanzar los valores que nos importan.

Gráfico 2

### Nuevo espacio para la formulación de políticas

Si en el debate sobre el poder del Estado y de los mercados se reconoce también el papel que cumplen las normas sociales, surgirán oportunidades para abordar problemas que van desde la contaminación hasta las pandemias.

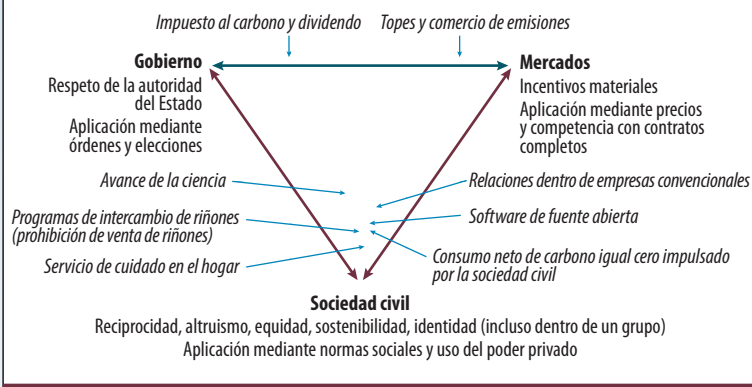
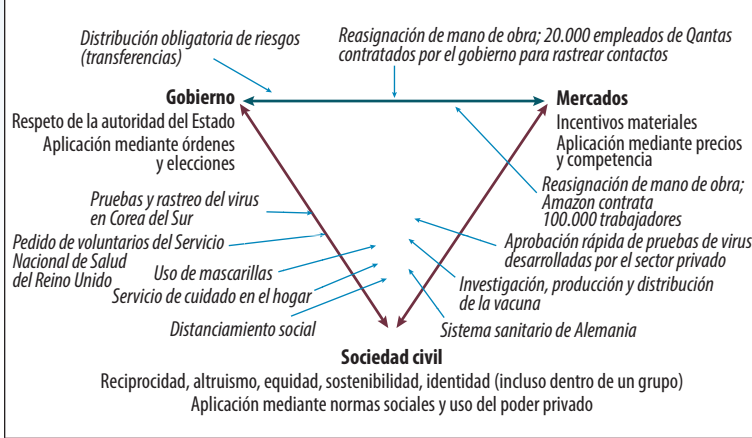


Gráfico 3

### La prueba de la COVID

Las respuestas ante la COVID-19 muestran a los gobiernos, los mercados y la sociedad civil aprovechando sinergias: el desarrollo de vacunas es el mejor ejemplo.



El espacio ampliado que brinda el nuevo modelo de referencia económico ofrece un marco analítico que integra estas cuestiones éticas en un modelo económico apropiado para un mundo en el que las personas están conectadas no solo por mercados y contratos, sino también por el uso del poder privado, la propagación de infecciones, los efectos en la biósfera, los vínculos de la pertenencia a grupos y la preocupación por el bien común. **FD**

**SAMUEL BOWLES** dirige el Programa de Ciencias Conductuales en el Instituto Santa Fe. **WENDY CARLIN** es profesora de Economía en el University College London. Ambos forman parte del equipo de autores de los textos introductorios de acceso público del proyecto CORE, *The Economy and Economy, Society, and Public Policy*. Véase [www.core-econ.org](http://www.core-econ.org)